

—Hasta ahora mismo,—dijo Basilio.

—De manera que...—exclamó Reynaldo, abriendo los ojos con gran alegría.

—Así parece.

—Muy bien, muy bien, muchacho, muy bien.

Le dió dos golpes en el hombro, conmovido; llámanle para jugar, y todo estirado sobre el billar, con una pierna en el muro para dar con más seguridad el *efecto*, dijo con voz desfigurada por la actitud:

—Me alegre, me alegre, porque eso comenzaba á estar pesado.

¡Taa! Falló la carambola.

Y llegándose á Basilio, para dar tiza en el taco, preguntó.

—Y ¿qué tal, qué tal?

—Como un ángel, muchacho,—exclamó Basilio.

VI

Juliana á la mañana siguiente, fué á llamar á la puerta de Luisa, diciéndola con voz baja:

—Señora, señora; un criado con una carta acaba de venir de la fonda.

Fué á abrir una de las ventanas en las puntas de los pies, y volviendo á la alcoba, dijo con cautela misteriosa:

—Esperando la respuesta está abajo.

Luisa, estremeciéndose, abrió el ancho sobre azul con un monograma: dos BB, una de púrpura y otra de oro sobre una corona de conde.

—Bueno; no tiene respuesta.

—No tiene respuesta, fué á decir Juliana al criado que esperaba en el pasillo retorciéndose las guías negras de su bigote.

—¿No tiene respuesta? Mejor; excelente día.

Levantó el dedo secamente y descendió canturreando.

—¡Hombre perfecto!—fué pensando Juliana, por la escalera de la cocina.

—¿Quién ha llamado, señora Juliana?—preguntó después la cocinera.

Juliana gruñó.

—Nada; un recado de la modista.

Desde aquella mañana, encontraba en ella Juana un aire *exquisito*. La oía desde las siete, barrer, limpiar, sacudir, lavar las vidrieras del comedor, colocar los platos en el aparador. ¡Y con una prieta! La oyó cantar la *Carta adorada*, al mismo tiempo que los canarios, en los miradores abiertos, gorjeaban estridentemente al sol. Cuando la vió tomar su café en la cocina no habló como de costumbre; parecía preocupada y fuera de aquel lugar; Juana hasta llegó á preguntarla:

—¿Se siente peor, señora Juliana?

—¿Yo? gracias á Dios, nunca me he sentido tan bien.

—¡Como la veo tan callada!

—Pensamientos que tengo aquí dentro... La gente no siempre está para charlar.

A pesar de ser las nueve no quiso llamar á la señora.

—Dejadla descansar: ¡pobrecilla!—dijo:

Fué en puntillas á llenar el baño grande del cuarto; para no hacer ruido, sacudió en el comedor las faldas de los vestidos de la víspera; y sus ojos brillaron ávidamente cuando sintió en la faltriquera un papel cosido en ella. Era la carta que Luisa escribía á Basilio: “¿Porqué no vienes?...” “¡Si supieras lo que me haces sufrir!” Mordióse los labios, y miróla fijamente con aviesas miradas; por fin, volvió á meterla en la faltriquera. Dobló el vestido, y fué á extenderlo con mucho cuidado en el confidente.

Más tarde, sintiendo dar horas en el cuco, decidió llamar á Luisa con voz melosa:

—Son las diez y media, señora.

Luisa en la cama, había leído y releído la carta de Basilio. “No podía estar más tiempo sin decirla que la adoraba. ¡Qué mal dormía! Se levantaba por

la mañana muy temprano para jurarla que estaba loco y que ponía su vida á sus piés.” Compuso aquella prosa la víspera, en el Gremio, á las tres después de algunos *robbers de whist*, un *beefsteak*, dos vasos de cerveza y una lectura de *La Ilustración* y terminaba:

“Que otros deseen la fortuna, la gloria, los honores: ¡Yo sólo deseo á ti! Solo á ti, niña mía, porque tú eres el único lazo que me sujeta á la vida; y si mañana perdiese tu amor, te juro que pondría término con una sola bala á esta existencia inútil.”

Pidió más cerveza y guardó la carta para fecharla y envolverla en un sobre con un monograma, “por que siempre hacía más efecto.”

¡Luisa suspiró, y besó aquel papel devotamente! Era la primera vez que la escribía aquellas ternzas, y su orgullo se dilataba al calor amoroso de ellas, como un cuerpo seco se abriga dulcemente en un baño amoroso: sentía exacerbación de cariño por sí misma, y la parecía que entraba al fin en una existencia superiormente interesante, en la que cada hora tenía su encanto diferente, cada paso conducía á un éxtasis, y en la que el alma se cubría de un lujo radiante de sensaciones.

Levantóse, se puso rápidamente la bata, y fué á levantar los transparentes de la ventana. ¡Qué hermosa mañana! Era uno de aquellos días de Agosto, en que el estío parece que se detiene. Había pesadumbre en el calor, y en la luz cierta tranquilidad otoñal: el sol caía espléndido, resplandeciente; el aire tenía temperatura canicular, y el azul de lo alto relucía con limpia nitidez: se respiraba más libremente, y no se veía en los transeuntes el abatimiento blando de la calma iniciadora del verano.

Se sintió ligera; había dormido por la noche con blando sueño, sin parar, y todas sus agitaciones, sus impacencias de los días pasados, parecían haberse disipado en aquel reposo. Fué á mirarse al espejo, y encontró su cutis más claro, más fresco. Tal vez sería verdad lo que decía Leopoldina, de que "no había como una picardía para hacer á la gente hermosa." ¡Ella tenía un amante! Inmóvil, con los brazos cruzados y la mirada fija, repetía: "¡Tengo un amante!" Recordó la escena de la sala de la vispera; la dama seguida de las viejas, y ciertos silencios extraordinarios en que parecía que la vida se detenía, en cuanto que los ojos del retrato de la madre de Jorge, la miraban desde la pared con su fijo mirar de pintura. Pero Juliana entró con un cesto de ropa planchada. Era ya hora de vestirse...

¡Qué delicadezas tuvo aquella mañana! Se perfumó con agua de *Lubin*, escogió la chambrá de mejores bordados. ¡Y suspiraba por ser rica! Quisiera las batistas de Holanda más caras, los muebles más aparatosos, gruesas joyas inglesas, un cupé forrado de satén... Porque en los temperamentos sensibles, las alegrías del corazón tienden á completarse con las sensualidades del lujo. El primer desliz que se instala en un alma que se ha defendido de ellos hasta entonces, facilita después á los otros entradas tortuosas; como un ladrón que se introduce en una casa y va abriendo cautelosamente las puertas á su desalmada cuadrilla.

A la hora del almuerzo se hallaba fresca, con el cabello en trenzas, y el peinador blanco. Juliana se apresuró á cerrar las ventanas, porque, siempre hacía más fresco con las maderas cerradas; y viendo que la molestaba el peinador, corrió á buscar otro, que perfumó con agua de Colonia. La sirvió

con ternura. Viéndola comer muchos higos, la dijo:

—La van hacer daño, señora.

Andaba alrededor de ella con sonrisa servil, sin ruido. En la mesa, y frente á ella, con los brazos cruzados, parecía admirarla con orgullo, como un sér precioso y querido: toda suya, *su amita*. Su mirada entornada se posaba en ella, y decía para sí:

—¡Grandísima ladina!

Luisa, después del almuerzo, se fué á su cuarto á echarse en el confidente, con su *Diario de Noticias*; pero no pudo leer. Los recuerdos de la vispera surgían en su alma á cada momento. Ciertas palabras de ella, cierto ímpetu, toda su manera de amar... Y quedaba inmóvil, con la mirada anegada en el fluido, sintiendo aquellos recuerdos vibrar dulcemente, en los nervios de la memoria. Aun el recuerdo de Jorge no la abandonaba; posaba sobre él su espíritu desde la vispera, pero no la asustaba ni la torturaba. Estaba allí, presente, sin darle miedo, ni causarle remordimiento. Era como si estuviese tan lejos que no pudiese volver, ó la hubiera abandonado. Ella misma se espantaba de sentirse tan tranquila; pero se impacientaba de tener constantemente aquella idea en el espíritu, impasible, con obstinación espectral, y se esforzaba instintivamente en acumular justificaciones. No fué culpa suya; no abrió voluntariamente los brazos á Basilio... Había sido una fatalidad, fué el calor de aquella hora, el crepúsculo, un momento de embriaguez acaso. Estuvo loca ciertamente. Y repetía para sí las atenuaciones tradicionales: "No era la primera que engañaba á su marido: muchas lo hicieron por vicio; ella lo hacía por pasión... ¡Cuántas mujeres que vivían de un amor ilegítimo, eran, á pesar de ello, ilustres y admiradas! Hasta las mismas reinas tienen amantes. ¡Y ella le quería tanto! ¡Sería tan fiel y tan dis-

creto! ¡Sus palabras eran tan carifosas!... Y por fin, ¿qué había de hacerle *ya*? Resolvió contestarle, y se fué al despacho. Al entrar, dió su mirada con el retrato de Jorge, de tamaño natural, en su cuadro barnizado de negro. Un estremecimiento la oprimió el corazón; quedó como una persona cansada de haber corrido, que entra en un subterráneo húmedo; y examinaba su cabello rizado, su barba negra, la corbata de lunares, las dos espadas cruzadas en aspa sobre el retrato. ¡Si él lo supiese; la mataría!

Se quedó pálida. Miraba vagamente en derredor; la cazadora de trabajo, colgada de una percha; la manta en que envolvía los pies, doblada á un lado; las grandes hojas de papel de dibujo, en la mesa del fondo, el bote del tabaco y la caja de las pistolas. ¡La mataría ciertamente! Aquella habitación estaba tan penetrada de la personalidad de Jorge, que parecía que iba á volver y entrar en ella de repente. ¡Si volviese sin avisar!

Sentóse, tomó una hoja de papel, y empezó á escribir con su letra un poco basta.

“Mi adorado Basilio.”

Pero un temor importuno la sobrecogió; sentía como una corazonada de que iba á venir y entrar... Tal vez sería mejor no escribir. Se levantó, fué despacio á la sala, y se sentó en el diván; y como si el contacto de aquel ancho sofá, y el ardor de los recuerdos de la víspera que traía á su memoria, le hubiesen dado el valor de las acciones amorosas culpables, volvió decidida al despacho, y escribió rápidamente:

“No puedes imaginarte con qué alegría recibí esta mañana tu carta.”

La pluma oxidada, escribía mal; la mojó en tinta, y la sacudió, echando un negro borrón sobre el papel, al temblor de la mano. Le pareció que era

aquello un *mal augurio*. Dudó un momento, y colocando la cabeza con los codos sobre la mesa, sintió á Juliana barrer fuera, tarareando la *Carta adorada*. Rasgó, por fin, impaciente la carta en pedacitos menudos, y los tiró en una caja barnizada con dos asideros de metal, que estaba junto á la mesa, y en la que Jorge, arrojaba los papeles viejos é inútiles: le llamaban el sarcófago. Juliana se descuidaba ciertamente en vaciarla, porque rebosaba ya de papeles. Tomó otra hoja, y volvió á comenzar:

“Mi adorado Basilio:

“No puedes imaginarte como quedé, cuando recibí tu carta esta mañana al levantarme...”

La puerta se abrió discretamente y Juliana dijo:

—Ahí está la costurera, señora.

Luisa, sobresaltada ocultó la carta con la mano.

—Que espere.

Y continuó:

“¡Qué lástima que fuese la carta, y no tú, lo que había venido! Estoy asombrada de mí misma; cómo en tan poco tiempo te has apoderado de mi corazón; pero es lo cierto que nunca dejé de amarte. No me juzgues liviana por esto; no pienses mal de mí porque deseo tu estimación; nunca dejé de amarte, y al verte, después de aquel estúpido viaje hacia tan lejano sitio, no pude hacerme superior al sentimiento que me empujaba hacia ti, mi adorado Basilio. ¡Cuando aquella maldita criada me vino á decir que venías á despedirte, quedé, Basilio, como muerta; pero cuando supe que no era verdad, no sé cómo te adoré! Y si me hubieses pedido la vida, te la hubiera dado; porque te amo tanto, que yo misma me asombro de ello... Pero... ¿para qué fué aquella mentira, para que vinieses tú? Quería decirte adiós para siempre; pero no pude, adorado Basilio. Esto es superior á mí. Siempre te amé, y ahora que soy tuya,

que te pertenezco en cuerpo y alma, me parece que te amo más, si esto fuera posible....”

—¿Dónde está? ¿dónde está?—dijo una voz en la sala.

Luisa, se levantó de un salto, lívida. ¡Era Jorge! Arrugó convulsivamente la carta, y quiso esconderla en el bolsillo; pero la bata no lo tenía. Sin reflexionar, y medio loca, la metió en el sarcófago. Se quedó de pie, esperando, con las dos manos apoyadas en la mesa, y suspensa.

Se levantó el portier, y descubrió en seguida el sombrero de terciopelo azul de doña Felicidad.

—¿Aquí metida? ¿Qué estabas haciendo? ¿Pero qué tienes? ¡Estás pálida como la cal!

Luisa se dejó caer en la butaca, blanca y fría, y dijo con sonrisa cansada:

—Estaba escribiendo, y me dió un vahido...

—¡Ay! ¡para vahidos yo!—dijo doña Felicidad.— Es una desgracia; á cada momento tengo que agarrarme á los muebles, y hasta tengo miedo de andar sola. Falta de purgas.

—Vámonos para el cuarto,—dijo Luisa.—Estamos mejor allí.

La temblaban las piernas.

Juliana comenzaba á arreglar la sala. Luisa, al pasar, vió en el mármol de la consola un poco de ceniza; era de la vispera, del cigarro *de él*. La limpió, y al levantar los ojos, quedó pasmada de verse tan pálida.

La costurera, vestida de negro, esperaba sentada á orilla del confidente, con su mirada infeliz y su envoltorio en las rodillas: venía á probar el corpiño de un vestido recompuesto. Se sentó, lo dobló, lo hilvanó hablando bajo, con una humildad triste y una tosecilla seca. Y apenas se marchó nuevamente con su andar de sombra y su chal, lleno de manchas

negras sobre sus espaldas delgadas, doña Felicidad, comenzó á hablar *de él*, del Consejero. Lo había encontrado en el Molino de Viento. Pues bien; no la había hablado. La hizo una cortesía muy seca, demasiado tal vez, y tic-tic, se diría que había huido. ¿Qué te parece? ¡Ay! Aquellas indiferencias la mataban. Y no las comprendía; no, realmente no las comprendía...

—En fin—exclamaba:—yo me conozco bien, no soy ninguna belleza, pero tampoco soy ningún coco, ¿no es verdad?

—Ciertamente,—dijo Luisa distraida, y acordándose de la carta, añadió:

—Espere usted un instante; voy allá dentro y vuelvo.

—Ve, hija, ve.

Luisa corrió al despacho, y fué al sarcófago. ¡Estaba vacío! ¿Y su carta, Santo Dios?

Llamó en seguida aterrada á Juliana.

—¿Limpió usted la caja de papeles?

—Sí, señora, la limpié,—respondió tranquilamente.

Y añadió con interés:

—¿Por qué? ¿Se ha perdido algún papel?

Luisa palideció.

—Sí, un papel que tiré en la caja. ¿Dónde lo ha limpiado usted?

—En la cesta de la basura, como de costumbre, señora. Creí que no servía nada de aquello.

—¡Ah, voy á ver!

Y subió rápidamente á la cocina.

Juliana iba detrás, diciendo:

—Ha sido ahora mismo; no hace aún cinco minutos. Estaba el cajón tan lleno... Fui á hacer un pe-

queño arreglo en el despacho... ¡Válgame Dios si la señora lo hubiera dicho!...

Pero la cesta de la basura, estaba vacía. Juana había ido á vaciarla en aquel instante. Viendo la inquietud de Luisa, preguntó:

—¿Ha perdido algo la señora?

—Un papel—dijo Luisa, que miraba en derredor por el suelo muy pálida.

—¿Eran unos papeles arrugados, señorita?—dijo la criada.

—¿Los ha echado en la cesta?

—Podría haberse caído alguno por ahí fuera, señora Juana,—exclamó tímidamente Juliana.

—Vaya, vaya á ver, Juana,—añadió Luisa con alguna esperanza.

Juliana, parecía afligida:

—¡Jesús! ¡Señor! ¡si hubiera podido adivinarlo! ¿Por qué no lo ha dicho la señora?

—Bien, bien; no es culpa tuya, mujer.

—Creo que hasta se me va á poner el estómago malo. ¿Era una cosa de importancia, señora?

—No, era una cuenta.

—¡Válgame Dios!

Juana volvió sacudiendo un papel arrugado.

Luisa leyó: "... el diámetro del primer pozo de exploración...

—No, no es esto,—exclamó contrariada.

—Entonces, es que le hemos echado nosotras al caño, señora.

—No hay nada más que registrar bien.

—Lo he rebuscado todo perfectamente.

Y Juliana añadió desolada:

—Antes quisiera perder dos monedas de plata. ¡Si yo lo hubiese podido adivinar!

—Juana, Juana,—murmuró Luisa, apareciendo tranquila.

Pero estaba asustada, sentía una angustia infinita. Acordóse de la carta que había escrito la víspera á Basilio, y que puso toda arrugada en el bolsillo del vestido. Entró en el cuarto agitada. Doña Felicidad se había quitado el sombrero y se acomodaba en el confidente.

—Me dispensarás esta ausencia,—dijo.

—Anda, anda, hija. ¿Qué es eso?

—He perdido una cuenta—añadió.

Fué al guardarropa; halló la cartita en el bolsillo. Aquello la serenó. De seguro que la otra cartita había ido á parar á la espuerta de la basura. Pero ¡qué imprudencia la suya!

—Bien; esto se acabó,—dijo, sentándose resignada.

Y doña Felicidad inmediatamente, bajando la voz en tono confidencial, exclamó:

—Ahora venía á hablarte de una cosa. Es un secreto.

Luisa se sobresaltó mucho.

—Dicen que en tierra de Tuy hay una mujer que tiene una virtud para hacer casamientos, verdaderamente milagrosa. Que no hay más allá; en echando las cartas á un hombre, el hombre concibe por la mujer una pasión tan grande, que en seguida se arregla el casamiento, y sobreviene la mayor felicidad.

Luisa tranquilizada, sonrió.

—Escucha, no empieces ya con tus cosas ordinarias.

En el tono grave de doña Felicidad, había un respo superstitioso.

—Ha hecho milagros. En cuanto una mujer posee aquel encanto comunicado por esta extraordinaria maga, los hombres comienzan á entristecerse, á

apasionarse, á estar locos de amor. Me lo ha contado el criado, y he pensado en seguida...

—¿Emplear ese recurso mágico con el Consejero?
—exclamó Luisa.

—¿Qué te parece?

Luisa dió una gran carcajada; pero doña Felicidad casi se escandalizaba.

—Entre otros casos, un hidalgo que deshonoró á una lavandera, y un hombre que abandonó á su mujer y á sus hijos y huyó con una prostituta, en todos estos casos, aquella virtud mágica había obrado de un modo fulminante, produciendo un amor súbito y fogoso por las personas despreciadas. Aparecían luego rendidos, estaban buscando la ocasión de ver al objeto que tanto ansiaban. Si estaban lejos, volvían rápidos, ansiosos de encontrarla, á pie y á caballo, en diligencia, fatigados y ardientes, y se entregaban mansos y humildes como esclavos sometidos. Pero para ir á su tierra y hablar á esa mujer es preciso llevar el retrato del Consejero; es necesario buscar el retrato de él; es necesario el mío; ir, hablar y volver; y por esto pide siete monedas.

—¡Oh, doña Felicidad!—dijo Luisa repentinamente.

—No me digas, no empieces tú con tus cosas. ¡Ojalá que sea yo uno de estos casos!

E irguiéndose:

—Pero esas siete monedas... ¡Siete monedas!—exclamó, abriendo mucho los ojos.

Juliana bajito con una sonrisa dijo.

—¿La señora hace el favor?

La llamó hacia el corredor.

—Esta carta que viene del Hotel.

—Bueno mujer; pero no es preciso hacer ese misterio.

No entró en el cuarto sin embargo. Abrió el sobre; estaba escrito el papel con lapiz y de prisa.

“Amor mío—decía Basilio.—¡Or un feliz acaso he descubierto lo que necesitábamos; un nido discreto para vernos (é indicaba la calle y el número) el *Paraiso* más seguro. ¿Cuándo vienes amor mío? Ven mañana. He bautizado esta casa con el nombre de *Paraiso*. Para mi adorada mía, es en efecto un *Paraiso*. Te espero desde el mediodía.”

Aquella precipitación la halagó. El nido, probando una pasión impaciente, exclusivamente ocupada de ella le producía una dulce dilatación de orgullo, al mismo tiempo que aquel *Paraiso*, descrito como en una novela, le daba esperanzas de una excepcional felicidad. Todas sus inquietudes, surtas de la carta perdida se disiparon de repente como copos de nieve bajo el sol que sale.

Volvió al cuarto con tranquilidad completa.

—¿Qué te parece?—preguntó doña Felicidad á quién su idea preocupaba tiránicamente.—¿Crees que debo mandar ese hombre á Tuy?

Luisa encogióse de hombros. La severidad poética de su intriga romántica hallaba repugnante aquel sentimentalismo senil.

—¡Tonterías!—dijo con desdén.

—¡Oh! hija, no me digas eso—repuso desolada doña Felicidad.

—Bien, entonces mándele—dijo impaciente Luisa.

—¡Pero esas siete monedas!—murmuró doña Felicidad casi llorosa...

—Por un marido me parece barato.

—¿Y si las cartas engañan?

—Entonces es caro.

Doña Felicidad exhaló un largo ¡ay! Era muy in,

feliz. Aquella duda entre los impulsos del corazón y las prudencias de la economía la martirizaban. Luisa tuvo pena de ella y sacudiendo su vestido del guardar ropa:

—Déjalo, hija — exclamó. — No han de ser necesarias esas brujerías.

Doña Felicidad elevó los ojos al cielo.

—¿Vas á salir?— preguntó melancólicamente.

Propuso á Luisa entonces que fuese con ella á la casa de salud de la Encarnación; visitarían á Silveira que tenía un forúnculo y verían los preparativos para la iglesia.

Luisa aceptó.

—Tengo deseos, ganas de ir á rezar una estacioncita para aliviarme por dentro—dijo suspirando.

Se vistió muy de prisa.

—¿Qué le parece mi sombrero nuevo?—dijo enseñándole uno de paja guarnecido de *miosotis*.

—¡Oh! Basilio te ha de encontrar muy guapa con él,—dijo doña Felicidad.

Citándose sin motivo, acometió á Luisa un raptó de felicidad exuberante. Todo lo halló delicioso. Salir, ir á la Encarnación, pensar en su amante, y como si flotase en el aire, andaba de una parte á otra, sin sentir siquiera el paso de su propia persona. ¿Dónde había dejado sus llaves? Las necesitaba para sacar una cosa precisa. ¿En la cómoda? Tal vez. Fué á ver. Salió corriendo, cantando:

*Amici la notte é bella
la ra. la ra.*

Casi tropezó con Julianá que barría el comedor.

—No deje de planchar mi saya bordada para mañana Juliana.

—Si señorita, ya está almidonada.

Y siguiéndola con una mirada feroz.—Canta piórrinha, canta maldita, canta mala mujer—y tocada súbitamente de júbilo dió varias escobadas rápidas cantando con su voz áspera.

Pasado mañana toma la campaña

Por aquí se dice...

Si fuera verdad

Si esto no es patraña.

Y con una entonación enfática añadió:

Seré bien feliz.



Al otro día á las dos de la tarde, Sebastián contó su escena con Luisa á Julián paseando por San Pedro de Alcántara y cómo desde entonces su estimación por ella había crecido. Al principio ella se había enfadado, sí.

Pero tuvo razón. Así, de sorpresa, fué un disparate.

Después la pobrecita reflexionó, mostróse muy disgustada, toda celosa de su pudor. Le pidió consejos con lágrimas en los ojos.